El Consejo Nacional de Periodismo nace hace 17 años con una idea muy ambiciosa: unir bajo una misma institución a la academia, a los medios de comunicación y a los gremios de periodistas y comunicadores. Fue retador integrar a personas, empresas y asociaciones con intereses y visiones tan distintos y en algunos casos hasta discordes, para debatir y buscar soluciones a problemas comunes y enfrentar las amenazas y desafíos de “el mejor oficio del mundo” como lo definió Gabriel García Márquez.

Pues bien, esa idea original se convirtió con el tiempo en un proyecto exitoso y hoy es una institución sólida, gracias al trabajo de todos los que nos precedieron en esta tarea. Este es el momento de agradecer sus sacrificios y aportes pues, gracias a ellos, a ustedes, el CNP es un referente no solo nacional, sino regional.

La mejor manera de honrar este esfuerzo de muchos años, es que el CNP continúe siendo un espacio de encuentro valioso para nuestro oficio. Para ello es necesario orientar sus esfuerzos a comprender y enfrentar los grandes retos actuales del periodismo en Panamá y el mundo.

La imparable revolución digital y el auge frenético de las redes sociales llevó a muchos a pronosticar la muerte del periodismo como hasta hoy lo conocemos. Pero la evidencia demuestra que está más vivo que nunca. Otra cosa es asegurar su supervivencia, lo cual nos obliga a reinventarnos constantemente, en un ejercicio profesional en el que predomina la abundancia informativa, la inmediatez y la interactividad, lo cual hace más retador nuestro trabajo ya que, en pocas palabra y sin falsas modestias, somos los mismos haciendo más. Los cambios que se vienen operando impactan nuestros mercados, los cuales aumentan los costos y disminuyen los ingresos de las empresas que hacen posible nuestra tarea de informar.

Somos testigos y protagonistas de un nuevo período de la historia de la humanidad que muchos han definido como “la era de la posverdad”. No se trata sólo de cambios en los medios, sino en la forma misma de la comunicación humana. Somos, como diría Yuval Harari, parte de un universo virtual constituido por algoritmos en el que “los que viajen en el tren del progreso adquirirán capacidades divinas de creación y destrucción, mientras que los que se queden rezagados se enfrentarán a la extinción”.

¿Qué mejor prueba de la transformación que vivimos que el hecho de que el Gran Premio de Prensa del Forum no lo recibiera un medio de comunicación tradicional, sino una innovadora plataforma digital? Varios proyectos alternativos fueron premiados este año y sus autores son periodistas formados en medios tradicionales muchos de los cuales trabajan en nuestras redacciones. El mismo talento profesional y compromiso humano, que ahora busca ventanas adicionales para contar historias y llegar a otras audiencias.

La irrupción de las redes sociales y la diversidad de las plataformas multimedia, visibilizan a miles de milllones de personas en todo el mundo. Los medios ya no somos todopoderosos, y es bueno que así sea. Que lo que solía ser un monólogo se convierta cada vez mas en un diálogo público, abierto y participativo a pesar de las distorsiones y confusiones que trae consigo la democratización de la información y la opinión. Muchos de los que estamos hoy aquí lo vivimos a diario: los twiteros nos cuestionan, los televidentes nos retan y los lectores nos exigen mayor profundidad. ¿Que hay mucha falsedad, desinformación, demagogia y agendas ocultas? Claro que si. Pero lo que es innegable, es que ya no tenemos el megáfono de la verdad y eso nos obliga a ser más rigurosos, más profundos y más transparentes con nuestras decisiones editoriales.

Otra dificultad que traen consigo estos tiempos, es la tarea de entender e interpretar la presión que recibimos de nuestras audiencias. ¿Debemos dar a nuestro público solo lo que quiere ver? ¿Dejarnos seducir por las mediciones de raiting y tiraje? ¿Ir detrás del video que se viralizó en las redes? Las respuestas no son tan sencillas como parecen a simple vista porque, aunque la búsqueda de la popularidad puede alejarnos de la verdadera razón de ser del periodismo, si queremos ser sostenibles económicamente y tener mejores recursos para hacer las cosas bien, no podemos ignorar tan fácilmente la respuesta del público a nuestros contenidos. Sin embargo, si queremos seguir guiándonos por la esencia y la ética periodística, no podemos seguir exclusivamente los parámetros competitivos de la industria. Para ser buen periodista hay que estar dispuesto a sacrificar en más de una ocasión éxitos efímeros, para asegurar la credibilidad a largo plazo. El periodismo puede y debe recuperar su capacidad de trascender.

En medio de este torbellino que nos sacude, persiste la lucha por tratar de imponernos agendas por encima de la independencia y el equilibrio que debe prevalecer en nuestros contenidos informativos.

No es un problema nuevo, la piel de gobernantes y autoridades sigue siendo demasiado sensible a la crítica o, peor aún, se nos ataca y se nos culpa cuando, cumpliendo con nuestra misión, ponemos al descubierto lo que está mal, al que es corrupto o lo que amenaza el interés de los ciudadanos. Tambien se nos señala cuando ponemos en evidencia si funciona mal nuestro sistema de justicia o la venalidad de muchos encargados de investigar y juzgar a delincuentes de cuello blanco, algunos de los cuales, desde la impunidad, se atreven a amenazar a periodistas por cumplir con su deber.

Quien les habla fue víctima hace nueve años de ese tipo de tropelías cuando, junto a otro periodista de TVN, fuimos condenados injustamente a seis años de cárcel y a la inhabilitación del ejercicio del periodismo, fallo que, promovido desde el órgano ejecutivo, terminó siendo revocado por la Corte Suprema de Justicia. El apoyo del Consejo Nacional de Periodismo y de muchos de los gremios y medios que lo integran, incluso con páginas en negro en los periodicos y minutos de silencio en radio, fue vital para hacer evidente no solo el absurdo que se estaba cometiendo, sino también el origen del mismo. Puedo dar fe de lo valiosa que es la defensa colectiva de la libertad de expresión, cuando a pesar de las diferencias, los medios y periodistas se unen para defender un derecho fundamental de todos los ciudadanos. Esta experiencia me compromete personalmente a continuar defendiendo a aquellas voces que quieren ser acalladas.

El periodismo es un camino que te lleva a estar en contacto con lo peor de la condición humana, pero también con lo mejor. Y esa última parte, la de poder tocar la vida de tantas personas, compensa con creces todos los momentos amargos, las incomprensiones hacia nuestro oficio, el estrés y el sacrificio de quienes generalmente trabajan cuando el resto del país celebra o descansa.

**Para ser buen periodista hay que ser buena persona**, decia Ryszard Kapus-chinski. Si terminamos el día con una sonrisa satisfecha por el privilegio de que las pequeñas y grandes historias de los héroes y villanos cotidianos se conviertan en el primer borrador de la Historia; si nos regocijamos en el hecho de poder conectar con otros, y por ese gran regalo, reconocemos que somos gente afortunada, estaremos dando el primer paso para construir un mejor periodismo.

------